

## Ética del aprendizaje y la creatividad

Pedro Víctor Rodríguez Martínez

Departamento de Instrumentos de Cuerda

Conservatorio Profesional de Música de Zaragoza

pvkouros@gmail.com

*Recibido:* 8 de octubre de 2018

*Aceptado:* 10 de diciembre de 2018

*Para citar este artículo:* Rodríguez-Martínez, P. V. (2019). Ética del aprendizaje y la creatividad. *Creatividad y Sociedad* (29) 155-180

*Recuperado de:* <http://creatividadysociedad.com/articulos/29/7>. Etica y aprendizaje del arte musical. pdf

## Resumen

El objeto de este artículo es mostrar la necesidad de que la ética, punto esencial a lo largo de la historia de la educación y la transmisión del saber, recupere un lugar relevante en la metodología didáctica, como piedra angular de la construcción de nuestras sociedades.

Señalar la ética como base para la creatividad, haciendo ver que los orígenes y repercusiones del hecho artístico tienen un fundamento mucho más profundo de lo que habitualmente se tiende a considerar en los medios educativos y sociales.

La metodología se basa en la búsqueda de un hilo conductor ético a lo largo de la historia de la educación, mediante el estudio de autores que contemplan la armonía humana y divina que gobierna la expresión artística, y que en definitiva conciben el poder creador como instrumento esencial para el arte de vivir.

Las fuentes, algunas de ellas citadas en la bibliografía, proceden de la tradición occidental, con un breve recorrido historiográfico en base a textos del hermetismo y el orfismo, el pitagorismo y los presocráticos, la abundante tradición griega y latina y posteriores autores renacentistas como Ficino, hasta llegar a Kepler, Kircher o Robert Fludd.

La incorporación de la ética como punto clave en la metodología tanto de la enseñanza musical como en otras áreas, podría dar lugar a la formación de personas reflexivas y constructivas, conscientes de la responsabilidad que su arte y su conocimiento conllevan.

El éxito profesional es una meta necesaria, pero no la única. Superior a él es el dominio y la transmisión de un arte pleno de valores con capacidad para transformar la sociedad.

La disciplina y la concentración en el estudio diario, considerando la esencia profunda del arte y las ciencias y su valor trascendente, aporta la humildad que permite la formación de individuos que reflejen la armonía en su vida

personal y en su entorno.

Este planteamiento se puede aplicar a todos los ámbitos de la educación, como base para una renovación social armoniosa que comprenda el origen de los conflictos y aprenda a reconducirlos de manera satisfactoria, en aras de un progreso civilizador.

## Palabras clave

Ética · aprendizaje · investigación · creatividad · arte · armonía

## Abstract

The goal of this article is to point out ethics as a cornerstone for edifying the contemporary society. It should recover a prominent place. The origin of ethics has fundamentals deeper than many educational institutions usually consider.

An ethical connecting theme goes through the history of education, and we can study important authors who take account the human and divine harmony which rules the artistic expression, and definitively conceive our creative power as an essential instrument for the art of living.

The sources, some of which are mentioned in the bibliography, come from the western tradition, with a brief journey through historiography over hermetics sources, the Pythagoreanism, the pre-Socratics and other Early Greek philosophers. Also is studied the Latin Literature in the Middle Ages, Renaissance and Early Modernity, reading authors like Ficino, Kepler, Kircher or Robert Fludd.

Ethics, as a key point in the methodology of musical approaching, as well as other areas of researching, could contribute to the education of thoughtful and constructive persons, conscious of the responsibility that their arts and knowledge imply.

Certainly, the professional success is a

necessary goal, but not the unique. Higher and more excellent and profitable is to develop works capable of transform our society, improving our educational system and helping individuals to become more open-minded.

The discipline and the concentration in our daily study, considering the deep essence of arts and science, give us the modesty that allow us to reflect harmony in our personal life and in the natural environment and social setting.

This approach could be applied for a harmonious renewal of our society which could understand the origin of many conflicts and learn to solve them satisfactorily in order to achieve the right evolution in the progress of this civilization.

### *Key words*

Ethics · learning · reaserching · creativity · arts  
· harmony

# 1. Necesidad de una raíz ética en el aprendizaje y la creación

Aunque el discurso teórico establezca lo contrario, si la enseñanza es mera transmisión de información y elude la comprensión de las causas del hecho artístico, la ausencia de una percepción de la armonía en su dimensión global impide la conexión con el mundo y el cosmos.

Conviene partir de una ética consciente que busque la formación de un tipo humano autónomo y creativo, activo en su autoeducación y desarrollo, reflexionando sobre el objetivo de su perfeccionamiento y su afán de superación.

Sin una educación sobre la esencia del mundo, la naturaleza humana y el arte, los retos ante los que se coloca al estudiante, pueden provocar un efecto contrario al deseado.

La personalidad, privada de un punto de apoyo en la profundidad del ser y de la vida, en lugar de actuar, reacciona como una máquina. Lo que estaba destinado a despertar la autoconciencia y la capacidad de ejercer el propio poder creador y transformador, termina por potenciar aspectos escasamente interesantes e incluso deplorables, como la vanidad o la ambición en su manifestación más negativa.

Es por tanto necesario contemplar el aprendizaje artístico sobre el fundamento de una filosofía que esté en armonía con la inteligencia que construye y mantiene el universo y abrirse a su virtud renovadora mediante una actitud de escucha abierta.

Se percibe una sabiduría immanente en el arte intemporal y se realiza el acto creativo en el instante, con entrega atenta a la búsqueda de perfección.

Hoy estimamos cada vez más en su justa importancia esa concepción de la vida humana que abarca lo espiritual y lo físico, sabiendo que trascender significa en

realidad penetrar en lo interior. Es el logos quien puede darnos un saber y una capacidad artística, y puede hacerlo por la resonancia que encuentra en el núcleo de cada creación. Así, el conocimiento del ser se halla en íntima conexión con la intelección de los valores y la orientación de la vida.

No deberíamos, por tanto, concebir la armonía como una técnica musical ajena al mundo y a la vida, sin apenas consecuencias en el comportamiento humano y en su evolución. La idea presocrática de la armonía de los contrarios gobierna la totalidad del cosmos, y el arte ha de tener de algún modo la capacidad de conectarnos con esa dimensión ética universal que nos vincula con el origen de la naturaleza humana y con todos los misterios de la vida.

Es común afirmar que el compositor es creador, mientras que el intérprete es algo así como el traductor de un lenguaje de signos. La inexactitud de esta clasificación simplista se comprueba al escuchar las extraordinarias y sin embargo dispares interpretaciones de la música de J.S. Bach que nos han regalado artistas como Glenn Gould o Philippe Herreweghe, por citar dos entre miles de grandes maestros.

Quien entiende que el aprendizaje es el camino hacia el conocimiento, y no un mero trámite para obtener una titulación y con ella un puesto de trabajo, debe huir de los dogmas, de los estereotipos y de las clasificaciones. Quien quiere aprender, y quien, como pedagogo, está en disposición de colaborar en cualquier proceso formativo, debe querer pensar, querer comprender; querer *saber*, esto es, alcanzar una certeza interior propia, resultado de su propio camino de experiencias en el aprendizaje y en el conocimiento del yo y del mundo, y no simplemente aceptar lo que conoce, o le ha sido aportado, sin que medie una reflexión profunda por su parte.

La enseñanza, la *formación* de un individuo, no puede ser unidireccional. Y, de hecho, el sujeto no debe tomar parte en el aprendizaje de manera pasiva, corriendo el riesgo de convertirse en víctima de una manipulación, o incluso de una *deformación*.

El artista, como ejemplo de espíritu libre -al menos como ejemplo de quien elige

una profesión cuya probabilidad de éxito, reconocimiento y compensación económica proporcional al esfuerzo es remota- deja de gozar de su libertad cuando cede a la presión ejercida por la sociedad de consumo; cuando deja de ser fiel a su original intención de seguir el impulso de su vocación y comienza a trabajar por intereses que justifica como *imperiosa necesidad de subsistencia*.

Pero, si en lugar de dejarse arrastrar por la corriente, por los usos y costumbres de la mayoría, se detuviese a hacer introspección, en su íntimo fuero interno reconocería que no es cierto; que nada es una obligación, excepto la necesidad de elegir en cada momento, en base a lo más elevado que se le ha otorgado al ser humano: su corazón, su razón y su voluntad.

El instrumento de la voluntad es determinante ya desde los primeros años; desde que la sociedad asume que disponemos de *uso de razón*.

Y, en toda circunstancia, mediante pequeñas pero trascendentes decisiones, esa voluntad que elige libremente irá determinando el curso de nuestro destino (Frankl, 2015). La situación se resume en la magistral sentencia: "Estamos condenados a ser libres" (Sartre, 1984, p.68).

Quien se acerca al conocimiento de esta manera, sabe que se adentra en un camino en el que el trabajo y el esfuerzo, en ocasiones el desánimo, pueden aumentar, pero en la medida en que la capacidad de reflexión y comprensión crezcan en él, alejará de sí la autocompasión y, por el contrario, compadecerá a aquellos en quienes el tiempo ha hecho estragos precisamente por ceder al conformismo y convertirse en víctimas de su débil voluntad.

Sentimiento y pensamiento, a menudo en pugna, trabajarán sin descanso en el taller de la inteligencia, pero la voluntad debe gobernar para poner orden en ese inmenso almacén de pensamientos y emociones. Si las cosas no están en su sitio, y si cada una de ellas no se utiliza en el momento adecuado, pronto cunde el caos, y mentes dotadas de extraordinarias capacidades sucumben, sin que el esfuerzo y el

sufrimiento de sus vidas produzcan frutos útiles, con la consiguiente decepción que se deriva de ello.

Una ética elevada exige fortaleza interior. Pero los fuertes no nacen; se podría decir que ni siquiera existen, porque todos somos débiles. La fortaleza se forja en una fragua muy particular: la soledad del propio laboratorio de la mente, en el que el aprendiz debe convertirse en maestro, tomando todos los elementos a su alcance, todo aquello que recibe, y aplicándose a su auto-educación. Luchando para que todo aquello con lo que el conocimiento de la naturaleza y sus habitantes le confronta, encuentre en él una respuesta que cada vez demuestre mayor coherencia entre su sentimiento, su pensamiento y su voluntad. Observando y analizando sus propias reacciones. Sin culparse cuando constata los inevitables fracasos, sino considerando aciertos y errores como elementos clave en la dialéctica del aprendizaje.

Sin duda será incomprendido o rechazado por una mayoría social insuficientemente madura como para adoptar una actitud semejante, o que incluso la evita conscientemente, temerosa de que una mayor comprensión traiga consigo mayores responsabilidades, incluso dificultades y, en definitiva, más trabajo. Pero, en base a su conocimiento y a la ética superior que se desprende de la coherencia interna adquirida, también comprenderá a quienes le rechazan e incluso tal vez le marginan.

En consecuencia, nacerá la compasión. Si verdaderamente ha adquirido una ética superior, se encontrará cerca de la fuente misma de toda moralidad, que es universal, y por tanto abarca y comprende a todos. Sabe que, para ellos, al igual que para él, es inevitable percibir la injusticia de la vida, y que el temor a sufrirla les lleva a querer estar a toda costa en el lado de los que gozan de bienestar, aunque sea cerrando los ojos a la realidad. Sabe también, y por eso los compadece, que su error consiste precisamente en ceder al miedo y aceptar ese estado de bienestar a costa de hacer concesiones a quienes lo construyen sobre la base de la injusticia, de la falsedad, o simplemente de la ignorancia y el error.

## 2. Un hilo conductor a lo largo de la historia

La creatividad no es una opción, una posibilidad a nuestro alcance, sino más bien una necesidad del ser humano, inmerso en un universo de permanente creación y recreación. Aunque aparentemente no hay nada nuevo, pues todo es rotación y repetición, sabemos igualmente que lo único permanente es el cambio y, por tanto, cada novedad, aunque sea un regreso de lo ya existente más allá de la convención de lo temporal, es siempre única e irrepetible.

La idea expresada por Comenius en su *Pampedia* de que ya nos fueron dados los tres libros fundamentales que necesitamos -el mundo, la mente y la revelación- reconoce esa inspiración que da origen a la transmisión del saber (Comenius, 1992).

Cabe aclarar que la alegoría utilizada por Jan Amos Comenius al referirse al mundo y a la mente como *libros*, se aplica igualmente a la revelación, la cual, en el sentido aquí aludido, no puede ser contenida en un libro milagrosamente revelado, cuya exégesis se pueda llegar a convertir en un dogma indiscutible. Tampoco procede de las fuentes documentales que son fruto del estudio y el trabajo.

Sin restar un ápice a la importancia de los libros y materiales para la investigación, lo que se sugiere aquí es que el río del saber no tiene su nacimiento en la biblioteca.

En ella archivamos los hermosos e importantes conocimientos resultantes del conocimiento adquirido, pero el origen de la sabiduría, como el del arte, es tan sutil como el sonido, como la luz. Se nos revela gradualmente mediante el estudio de los arquetipos que tenemos a nuestro alcance tanto en el exterior como en el interior si, más allá del método, estamos dispuestos a aceptar nuevas verdades que sustituyan nuestros propios conceptos erróneos.



De igual manera que el padre de la pedagogía moderna Jan Amos Comenius luchaba por abolir las diferencias y desarrollar una *Pampedia* a fin de *enseñar todo a todos*, totalmente, (Comenius, 1992), siglos antes, la ancestral sabiduría china ya enseñaba la *no-violencia*, el concepto del *wu-wei* (la *no-acción*), y el hecho demostrable de que la paz, la educación y el bienestar, no llegan al mundo casualmente, sino que se generan:

Un buen viajero no tiene planes fijos  
ni está empeñado en llegar a parte alguna.  
Un buen artista permite  
que su intuición le guíe a donde quiera.  
Un buen científico se libra de conceptos  
y mantiene su mente abierta a lo que es.  
Así, el Maestro es accesible a todos y no rechaza a nadie.  
Emplea todas las situaciones y no desperdicia nada.  
A esto se le llama encarnar la luz.  
¿Qué es un buen hombre sino maestro de un hombre malo?  
¿Qué es un mal hombre sino la tarea de un hombre bueno?  
Si no comprendes esto, te perderás  
por inteligente que seas.  
Este es el gran secreto (Lao Tzu, *Tao Te Ching*, cap. 27).

Podemos igualmente remontarnos a Heráclito para hallar la antigua idea de que la multiplicidad de los conocimientos no proporciona sabiduría y que es necesario investigarse a sí mismo, ya que “[...] la esencia del destino es la Razón, que atraviesa el universo. Y aunque la Razón es común, la mayoría viven como si tuvieran una inteligencia particular” (Heráclito de Éfeso, 2001, pp. 230-231).

Mediante su acción recíproca, el arco y la lira de Heráclito realizan ambos su obra en unidad. Es en esa bipolaridad de fuerzas contrarias que gobierna el devenir universal, representada por las tensiones opuestas de la madera y la cuerda, en la

que se oculta la verdadera esencia de las cosas; la fuerza que origina las demás fuerzas y garantiza su equilibrio y su unidad, o, conforme a la expresión de Heráclito donde “la naturaleza ama esconderse”. Leemos en sus Fragmentos: “Es sabio convenir en que todas las cosas son una”. Y dice de quienes lo ignoran: “No entienden cómo, al diverger, se converge consigo mismo: armonía propia del tender en direcciones opuestas, como la del arco y de la lira” (Heráclito de Éfeso, 2001, pp. 225-226).

También hallamos esta tensión dinámica en el Monocordio de Robert Fludd, que con tanta precisión describe la disposición en el ser humano de la armonía divina y humana (Fludd, 1979).

Preguntado un psicólogo por una madre: “-Doctor, ¿a qué edad debo comenzar a educar a mi hijo?”, este respondió preguntando a su vez: “-¿Qué edad tiene su hijo?” “-Ocho meses.” “-Pues lleva usted ocho meses perdidos.”

Su respuesta concuerda con la Educación Universal o Pampedia de Comenius, que considera imprescindible la educación en todas las etapas de la vida, incluso en la etapa prenatal y aún más allá de la muerte, siendo, “todo lo que antecede a la muerte, el camino, una preparación, una oficina, una escuela elemental” (Comenius, 1992, p.105).

Sin la tensión de la muerte, sin intentar comprenderla para vencer el miedo, no es posible una ética superior. Se vive bajo el yugo del natural instinto de auto-conservación, en temeroso afán de supervivencia. Ante la idea de una extinción definitiva que tire por tierra todo esfuerzo humano, la tendencia natural será el establecimiento de una moral formada por convenciones sociales que intenten dar el máximo valor y sentido a esa vida temporal cuya durabilidad está amenazada.

Y de este modo, bajo la apariencia de una ética altruista basada en valores y conductas convenientes para el progreso de la humanidad, se esconderá un tremendo error: el apego a la ilusión de que la vida en el cuerpo puede ser permanente, y las construcciones en este mundo duraderas.

Si se acepta la rotación, y la disolución de todas las formas en el devenir universal; la desaparición que da paso a nuevas formas, comprendiendo que el ser y la consciencia se expresan de una forma u otra en ellas, comienza el desapego y la personalidad permite una nueva perspectiva. Los circuitos del pensamiento cambian de dirección, la aspiración humana comienza a elevarse, deja de vincularse con lo terrestre y lo corporal, deja de hacer proyectos en lo temporal; se orienta hacia lo eterno, lo inmortal.

De alguna manera, comprender la muerte, enfrentarse a ella cara a cara, significa vencerla, anularla, negarla en cierto sentido.

Vivir con la plena consciencia de la muerte inevitable nos enseña que realmente forma parte de la vida, y que por tanto no existe como su opuesto, sino que es una puerta que la consciencia debe atravesar para avanzar por nuevos caminos de una vida inextinguible que hoy experimentamos en su tránsito por el tiempo y el mundo.

Se podría decir que, en lo que concierne al ser, a nuestra verdadera naturaleza esencial, somos *huérfanos de nacimiento*. Ignoramos nuestro verdadero origen.

Llegar a esta conclusión nos permite comprender la diferencia entre el acto creador efectuado por nuestros padres biológicos y la energía creadora que ha dado vida a nuestra esencia y a la de nuestros padres. Y, de manera semejante, discernir entre el conocimiento que recibimos del exterior, el que elaboramos por repetición e imitación, y el saber intrínseco, que ya está en nosotros.

A menudo llamamos información al conjunto de datos que recibimos, procedente del exterior, y que contribuye a nuestra formación. Pero si no contrarrestamos su efecto con una respuesta autónoma, con un análisis racional y moral lo más objetivo posible, que filtre el sentido, el fundamento y el objetivo de dichos datos, puede ocurrir que la cultura adquirida, en lugar de formarnos nos deforme.

Fácilmente podemos llegar hasta el punto de creer que el conjunto de con-

venciones que hemos aceptado y adaptado a nuestras tendencias e intereses es nuestro propio saber, nuestro bagaje, y que apoyemos en él nuestra opinión, a veces mediante convicciones firmes que en ocasiones sustentan puntos de vista radicales e intolerantes.

Al otro lado se encuentra el saber intrínseco; la verdadera *in-formación*, que nos forma desde el interior. Aquella sabiduría inmanente y trascendente a la que Platón alude en el *Menón*, 81, c-d con su llamada Teoría de la reminiscencia (anamnesis), al concluir que saber es recordar:

El alma, pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no sólo la virtud, sino el resto de las cosas que, por cierto, antes también conocía. Estando, pues, la naturaleza toda emparentada consigo misma, y habiendo el alma aprendido todo, nada impide que quien recuerde una sola cosa –eso que los hombres llaman aprender-, encuentre él mismo todas las demás, si es valeroso e infatigable en la búsqueda. Pues, en efecto, el buscar y el aprender no son otra cosa, en suma, que una reminiscencia (Platón, 2010, pp. 499-500).

Es el saber que no necesita adaptaciones, que se explica por sí mismo. Es el conocimiento esencial, la inteligencia primordial presente en cada criatura.

En el mundo animal, es aquella invisible inteligencia que hace que la araña teja su tela sin necesidad de consultar ningún manual. En el ser humano este conocimiento inserto en la propia sustancia vital, es el que puede abrir la puerta a un aprendizaje que no entre en contradicción con la vida y sus leyes naturales, y que progresivamente pueda conducirnos hasta la fuente misma de la moralidad, aproximándonos al origen y naturaleza de las cosas y los seres desde una observación científica y filosófica que suprima la superstición y la fácil u oportunista respuesta dog-

mática a los grandes misterios de la vida, que probablemente jamás escudriñaremos con nuestros limitados instrumentos de percepción.

La primera actitud mencionada nos conduce a creer que sabemos, y en el peor de los casos a ejercer el poder sobre los demás desde la ignorancia, mediante normas cuyo fundamento es erróneo. El drama que se deriva de ello está recogido en los libros de historia. La mente dice: yo sé, y se niega así la maravillosa oportunidad del aprendizaje.

Con la segunda actitud, más allá de dogmas y prejuicios, el pensamiento se sitúa ante la realidad de que sabemos muy poco, pero que, aunque hay misterios que todavía no podemos abarcar, cada día nos es dada la oportunidad de comprender algo más. Se abre de este modo la puerta al conocimiento. Surge el impulso humano natural que da origen a la filosofía, el amor a la sabiduría, la responsabilidad de intentar comprender y buscar la fuente de la moralidad; el fundamento de una ética universal que, por encima de costumbres y tradiciones de los pueblos, es común a todos.

Esta percepción surge de la perplejidad, que convulsiona el sentimiento. El posterior análisis y el empleo de la lógica y el razonamiento, puede activar la inteligencia, que es el campamento base desde el que se puede escalar la montaña del aprendizaje. Tenemos entonces el germen del verdadero ser humano, el *human being* (*man or woman*), con sus tres atributos de sentimiento, pensamiento y voluntad.

Si la inteligencia ordena este triple mecanismo sobre el fundamento de una ética superior, es obvio que no desaparecerán los procesos de culminación y decadencia de la vida en este planeta; no cesarán las dificultades, el dolor, la enfermedad o la vejez. Pero muchas demandas sociales conocerían respuestas y posibilidades, y trágicas situaciones de extrema gravedad que asolan a la humanidad hallarían su solución definitiva.

### 3. Una mirada hacia el futuro

Lo que para el hombre griego era evidente, por su vínculo con la polis, tropieza en nuestros días con el obstáculo de un individualismo exacerbado. El individualismo es imprescindible, pero para la asunción de la plena responsabilidad y para su ejercicio, como agradecimiento al mundo y a la vida, en justa correspondencia con lo que recibimos de ellos, y no al contrario.

Sin embargo, a menudo encontramos la temerosa y desconfiada reacción contraria, que tiende a la autoprotección y a la adquisición de conocimientos y destrezas con el objetivo de hacerse fuerte y protegerse de eventuales rivales en una carrera hacia el éxito profesional en cualquiera de los ámbitos del arte y la cultura. Una carrera ilusoria, pues el avance no es lineal, sino circular o esférico; el auténtico progreso es orgánico y participa de la totalidad, sin dejar nada al margen de manera excluyente.

El esfuerzo ha de verse así recompensado de inmediato por la propia fuerza curativa de la música y la palabra. El logos construye y modela las formas y el alma elabora y comparte el movimiento de su ilimitada capacidad creativa.

Sabiéndose unida al entorno en que se integra y al universo que la abarca, la persona se expresa plenamente consciente de ese importante intercambio energético en el transcurso mismo del estudio. El aprendizaje en sí se convierte en un acto creativo con consecuencias éticas que benefician al propio yo y al medio social en que se desenvuelve.

Estos planteamientos, bastante evidentes para el artista forjado en la soledad y en el esfuerzo, en la permanente frustración que se deriva de la búsqueda de una perfección siempre inalcanzable, pueden ser un modelo inestimable de conducta en todos los órdenes de la vida. Pues la vida es en definitiva un arte. Y así, quienes habiendo perseverado durante años en el estudio de una disciplina artística con esta orientación, se han dedicado después a otra carrera u oficio completamente diferen-

te, comprueban los beneficios de aplicar un método de trabajo y un enfoque global que contribuye decisivamente a su formación humana y a su relación con el entorno.

No puede existir ética si no existe previamente comprensión. En primer lugar, comprensión de uno mismo; es decir, conocimiento del propio ego; y como resultado de ello, empatía, compasión (*com-padecer*, es decir, *padecer con alguien*).

Se alude al acompañamiento del sentir del otro, tanto en lo relativo a sus pasiones como al padecer que resulta de ellas en la dialéctica natural de las cosas, según la cual todo lo que asciende está destinado a decaer, y lo que presenta un aspecto alegre necesariamente incluye un lado triste.

Alcanzar una visión neutral, o menos condicionada, que nos facilite una opinión más objetiva, exige mucha reflexión y, previamente, profunda introspección, pues ¿cómo podríamos considerar las necesidades ajenas sin conocer siquiera las propias?

Problemas de nuestro tiempo, debidamente anunciados por científicos y pensadores del pasado, como la globalización, la sustitución del hombre por la máquina, o la contaminación, son aceptados por muchos como acuciantes, pero esto sólo recientemente, cuando ya se han sobrepasado en muchos casos los límites de lo soportable. Y comienzan a ser combatidos de diversas maneras por quienes son conscientes de que no se puede ignorar la cuestión del equilibrio ecológico, por mera cuestión de supervivencia.

Pero aún más sutil, y menos contrarrestada, es la utilización de los seres humanos como máquinas, incluso por quienes tienen la tarea de estudiar el comportamiento humano o de cuidar de su salud.

Todo ello es debido al mismo problema de la clasificación, que es separación y por tanto limitación, por cuanto impide una visión conjunta de las leyes naturales y la vida que se transforma y progresa en interacción con ellas. En la educación esto se

manifiesta al convertir el necesario perfeccionamiento natural de los procedimientos, que resulta de un mayor dominio de los medios, en una especialización extrema, que limita e incluso incapacita para la actividad conjunta, cambiando así la saludable competencia que se adquiere mediante el entrenamiento, el estudio y la mejora de las destrezas, por la agresiva y destructiva competitividad impuesta por una sociedad de consumo basada en la explotación de la Tierra y sus habitantes, y no en su cuidado.

Una sociedad que lucha frenéticamente para protegerse de la posible escasez esquilmando los recursos y explotando a otros, en lugar de educar y trabajar para generar la abundancia para todos, a partir de los inagotables recursos materiales y espirituales que la naturaleza ofrece a la humanidad.

Quien es víctima del miedo busca protegerse, obtener beneficio y garantizar su seguridad a cualquier precio.

Quien, agradecido por lo que la vida le ofrece, busca comprender la razón de las cosas, se esfuerza en el aprendizaje y lo comparte. No separa, ni divide, ni destruye, sino que une y construye.

Y frente a los discursos demagógicos sobre la justicia y la igualdad, sobre el altruismo, o sobre la *violencia de género*, esgrime los discursos pedagógicos de que las clasificaciones son simples etiquetas en paquetes cerrados, de los que a veces hablamos antes de haber visto su contenido. Que no hay ningún *género de violencia* de mejor calidad que otro; que toda violencia debe ser evitada. Que no hay ningún egoísmo de mejor calidad que otro; y por tanto no se puede hablar de justicia si no se está dispuesto a dar antes de esperar recibir. Que ninguna ignorancia o estrechez de miras puede considerarse lúcida; ni pueden las acaloradas expresiones violentas, fundadas en el odio, en la ambición o el rencor, aportar soluciones pacíficas a un conflicto.

Pero, pese a excelentes ejemplos de grandes personajes sabios y ecuanímes



que no han escatimado esfuerzos en favor de los demás, nuestro orden social y, dentro de él, un sistema educativo cuya respuesta no va más allá de la adaptación al orden establecido, no aporta el fundamento necesario para un nuevo modelo ético que nos conduzca hacia un mundo mejor.

Y así vemos nacer fundamentalismos que pretenden combatir a otros fundamentalismos, olvidando que, en la época que nos ha tocado vivir, cualquier intento de establecer un orden moral por la fuerza está abocado al fracaso.

Las mujeres y los hombres de hoy -y todos aquellos que tal vez no gustan de esa clasificación, y simplemente se sienten entes misteriosos, hechos de materia y energía, de inteligencia- se diferencian de otras criaturas precisamente en que, como individuos humanos, poseen un elevado grado de auto-consciencia.

En caso de que, evitando la alienación o la disolución en la masa, conserven su personalidad, lo lógico es que se resistan a obedecer normas que no estén sustentadas en argumentos que puedan ser aceptados por la razón.

La única opción posible es obrar y progresar por medio de la comprensión.

Y la adquisición de ese discernimiento que nos permite hacer uso de nuestra soberana voluntad, para elegir en libertad sobre la base de una correcta comprensión acorde a nuestro propio pensar y sentir, debería ser el principal objetivo del aprendizaje y la educación.

El olvido de esta idea tan elemental ha encontrado fuerte arraigo en las ciudades, especialmente en las grandes urbes, cuyo frenético estilo de vida deja muy escaso tiempo para la observación de la naturaleza y sus fenómenos.

Esto ha conducido a una sociedad polarizada, que se balancea en extremos, y que, teniendo más instituciones educativas que nunca y profesores altamente cualificados, se ve arrastrada en una corriente sociopolítica que permite el crecimiento de

una juventud más evolucionada que nunca, pero destinada a crecer y desarrollarse en condiciones de gran confusión y alteraciones del cuerpo social, con el consiguiente perjuicio para la psique.

Algunos se adhieren a actitudes violentas, o autodestructivas; otros desprecian o ignoran la ayuda que podría suponer la cultura y la educación; mientras muchos otros, afortunadamente, nos devuelven la esperanza en el futuro, con su actitud abierta y libre de prejuicios, con su jovial y alegre capacidad de derrochar fuerza y optimismo para disfrutar del presente y para vivir incluso en el mañana, libres de la carga del pasado. Jóvenes que no demandan sólo cultura e información, pues saben que tienen a su alcance magníficas bibliotecas y universidades; sino que demandan, además, verdadero conocimiento, es decir, comprensión que pueda dar sentido a su poder creativo.

Su tesoro es precisamente la observación del pasado, el repaso de los errores cometidos a través de la historia. Y su ventaja, el hecho de que hoy tienen la oportunidad de reflexionar libremente sobre el funcionamiento y la validez del sistema, lo que constituye un fundamento sólido para aportar soluciones creativas.

Inevitablemente, la masificación y la extrema competitividad generada por la sociedad de consumo les somete a exhaustivas pruebas para obtener sus titulaciones; pero a día de hoy no impide -yo diría que incluso favorece- que junto a ello tengan también la oportunidad de analizar la situación con espíritu crítico, y comprobar ya desde su época estudiantil, antes de tomar decisiones que condicionen su vida futura, que no se llega -por ejemplo- a ser médico por el hecho de memorizar un vademécum, o los más ínfimos detalles de anatomía y fisiología; pues el ejercicio de la Medicina lleva implícito *el arte de curar*, que es a su vez el arte de conocer, de comprender, de tener, en definitiva, humana compasión y amor, la única fuerza curativa que la humanidad precisa. Tienen la ocasión de hacerse conscientes de que si, con abundantes conocimientos y un brillante expediente académico, un médico se pone al servicio de un régimen que tortura a las personas, y consiente en colaborar

en ello, deja de ser un médico para convertirse en un criminal.

Los jóvenes de hoy, al menos en los países que disfrutan de un estado de derecho, han nacido en libertad y no están dispuestos a juzgar teorías, sino hechos. Y la crisis de valores a la que se enfrentan, es su gran oportunidad.

Siguiendo el ejemplo del médico inconsciente, o simplemente cobarde, que cede ante el miedo o el propio egoísmo y ejerce el mal, amparado en que *se ve obligado por el sistema y no puede actuar de otro modo*, podemos extrapolar esa situación al tema que nos ocupa, pues es inmensa la responsabilidad de quienes tenemos a nuestro cargo la educación de los pobladores del mañana, ya sea en calidad de padres o de profesores.

Cualquier actuación inconsciente, negligente o deliberadamente incorrecta tiene consecuencias que no se pueden achacar al sistema. La responsabilidad siempre está en el individuo, dueño de su voluntad, soberano en el reino de su propia vida y con el deber de hacer a los demás –si todavía no lo son- conscientes de su absoluta soberanía y de su plena responsabilidad en el ejercicio de su libertad y su destino, construyendo así su propia vida y contribuyendo con su aportación individual a la edificación de una sociedad en la que inevitablemente se encuentra inmerso conforme a leyes biológicas inexorables.

Por eso, el fundamento de una ética elevada debería ser objeto de la más alta estima ya desde las escuelas infantiles.

Es obvio que la inteligencia y el potencial del ser esencial se puede adormecer, dificultando la observación de la naturaleza y de las personas, mediante el uso indebido de los medios de comunicación; mediante el empleo erróneo e incluso mal intencionado de las nuevas tecnologías de la información. Pero siempre se está a tiempo de detener esa carrera frenética de nuestro tiempo.

Es necesario evitar que la impetuosa corriente de la sinrazón nos arrastre. El

método es simple. Basta con parar, con detenerse a reflexionar y a escucharse interiormente con la necesaria calma. Es del silencio de donde surge el sonido. Y, como nos enseña la ancestral sabiduría china, es el hueco vacío lo que nos permite usar un recipiente, no su forma. Tal como leemos en el *Tao Te Ching*:

Unimos los radios en una rueda,  
pero es el agujero central  
lo que permite que el carro se mueva.  
Torneamos la arcilla para hacer una vasija,  
pero es el vacío interno  
lo que contiene aquello que vertemos en ella.  
Hincamos estacas para construir una cabaña,  
pero es el espacio interior  
lo que la hace habitable.  
Trabajamos con el ser,  
pero es el no-ser lo que usamos (Lao Tzu, 2007, cap. 11).

La clave está en la escucha atenta, en la paciente observación y la reflexión consciente. Y, tras ella, en la actuación consecuente.

En una sociedad forzada a vivir al revés, situando lo trivial en primer plano y dejando que lo importante caiga en el olvido, el esfuerzo de quienes aspiran al conocimiento debe ser mayor.

La pasividad significa la entrega y la derrota; la lucha sólo genera violencia, que contribuye al ascenso de la sinrazón.

Sólo queda la opción de una paciente y serena resistencia activa, no violenta y silenciosa, cuyo método consiste en predicar con el ejemplo, en devolver bien por mal, en dar sin esperar nada a cambio, en compartir el conocimiento, sabedores de que nunca nos perteneció de manera exclusiva pues, al igual que el resto de los bienes de la naturaleza, nos es dado a todos generosamente, si bien cada cual lo

asimila y lo utiliza de acuerdo a su capacidad y a su posicionamiento ante la vida.

Se trataría de adoptar una actitud sencilla, al alcance de cualquiera, que contemple, en primer lugar, el agradecimiento por la oportunidad de formar parte del alumnado en esta gran escuela de la vida.

En segundo lugar, el agradecimiento a quienes nos han precedido en el camino de la investigación y el conocimiento; a quienes, poseyendo mayor inteligencia y lucidez, comprenden más y prestan ayuda de muy diversos modos a quienes comprendemos menos.

Que intente, en tercer lugar, verse libre de una falsa jerarquía basada en la “dictadura de la ignorancia”, mediante la evidencia de que siempre seremos alumnos en la escuela de la vida y que resulta arriesgado otorgarse a sí mismo o a cualquier otro el título de maestro para imitar sus pasos, pues cada individuo debe recorrer su propio camino de experiencias y de aprendizaje, y sólo en su mano está la responsabilidad de conducirlo a buen fin, conforme a la medida de los talentos que le han sido otorgados y a su circunstancia, que ha de transformarse con él, tal como aclara nuestro insigne Ortega y Gasset:

Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo. *Bene-  
fac loco illi quo natus es*<sup>1</sup>, leemos en la Biblia. Y en la escuela platónica se nos da como empresa de toda cultura, ésta: ‘*salvar las apariencias*’, los fenómenos. Es decir, buscar el sentido de lo que nos rodea. [...] Pues no hay cosa en el orbe por donde no pase algún nervio divino: la dificultad estriba en llegar hasta él y hacer que se contraiga (Ortega y Gasset, 2012, p.14).

---

1 Al respecto de la supuesta cita bíblica referenciada por Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*, es interesante la hipótesis planteada por el Catedrático de Literatura Española Jordi Gracia, autor de *José Ortega y Gasset*, Taurus, 2014, en su artículo *Dos cabos sueltos*, publicado en la revista *Ápeiron*, estudios de filosofía.

Procurando, en cuarto lugar, corregir el error o la falsedad mediante la demostración de la verdad, cuando esto es posible, pero estando siempre dispuesto a abandonar la verdad de hoy por la superior o más completa verdad de mañana, para finalmente, en quinto lugar, concretar, mediante pequeños actos cotidianos aparentemente insignificantes, la coherencia interna entre sentimiento, pensamiento y voluntad, capaz de transformar el entorno inmediato y producir así el gran cambio.

Son muchas las pequeñas cosas que se pueden convertir en grandes y que nos ayudan a afianzar la humildad, la fortaleza de ánimo, la paciencia y la perseverancia que aseguran nuestro avance por el camino evolutivo. Pequeñas decisiones como no hacer lo que no queremos hacer, y sin embargo hacer realidad lo que sí queremos realizar. Actuaciones tan simples como no ver los horribles programas de televisión que muchos miles de personas siguen y nos comentan, pues de momento no es obligatorio tener encendida la televisión, ni somos forzados bajo vigilancia a ver malos programas, o a soportar música horrible y cine espantoso. No es obligatorio consumir lo que de forma invasiva nos imponen, ni ilegal leer buenos libros, disfrutar de espectáculos de calidad, o participar en conversaciones interesantes. Tampoco está prohibido recoger los plásticos y basuras que otros tiran en ríos, playas y bosques, aunque deba ser a costa de soportar la burla y la ironía de quienes lamentablemente no se respetan y, por tanto, no saben respetar. Todavía no es obligatorio comer mal, ni ceder a la dictadura de las modas y la publicidad. No es obligatorio ingerir lo que no necesitamos ni nos agrada, ni llenar nuestra mente con lo que no queremos saber.

Y sin embargo, y por fortuna, aún es lícito decidir cómo cuidamos nuestro cuerpo y nuestra mente. Aún es lícito decidir cuándo y cómo queremos pensar, y qué queremos leer, hablar, escribir, estudiar o realizar.

## 4. Conclusiones

Hacer lo que amamos y amar lo que hacemos sería una base sólida para nuestro aprendizaje en las distintas etapas de la escuela de la vida y una solución sencilla para el gran problema ético que nos aqueja en este gran teatro del mundo.

Una parte de la sociedad padece obesidad intelectual y moral; otra, anorexia cultural. Algunos padecen el hastío y el tedio de la riqueza, pues sus delicias se tornan amargas por la sensación de culpabilidad que se deriva de la injusticia y la desigualdad social; otros padecen la miseria y anhelan esa abundancia de la que carecen, ignorando que más adelante les dejaría igualmente insatisfechos. Hay personajes que ejercen la violencia y otros la padecen, pero, de no paliarse la ignorancia fundamental, de no restablecerse el equilibrio, unos y otros podrían intercambiar sus papeles sin que se experimentasen cambios. El escenario sería el mismo pero el guión seguiría siendo el de una tragedia.

Y sin embargo muchos sabemos que la solución no baja del cielo. Se encuentra en nuestra capacidad de comprensión. Es por tanto materia de educación; ética y aprendizaje.

Es, en realidad, el arte de vivir y de dar verdadero sentido a nuestra fuerza creativa, como copartícipes en la obra universal y en su proceso evolutivo.

Parfraseando el ejemplo de la consulta al psicólogo antes citada:

*¿A qué edad debo empezar...?* No importa la respuesta. Se trata de ponerse manos a la obra y es inútil lamentarse por el tiempo perdido.

En este siglo asistimos a vertiginosos cambios, que la coyuntura hace necesarios; pero pasar de una moral caduca a una ausencia de ética es absurdo. Se podría decir que imposible, ya que el *homo sapiens* en su actual estado de evolución, como ente dotado de inteligencia y consciencia de sí mismo, precisa de una ética que dé

sentido a su existencia por el mero hecho de estar vivo. El instinto de auto-conservación es inevitable, ya que la vida misma surge del deseo de ser.

El aprendizaje es útil cuando nos ayuda a despertar, cuando estimula la libertad y la creatividad y con ellas la capacidad de decidir conforme a la responsabilidad ética resultante del conocimiento. Pero si el fundamento no es claro, si el propósito es trivial o persigue el único objetivo de un status que satisfaga las necesidades o aspiraciones personales, el estudio puede adormecer, narcotizar la consciencia y convertir la actividad en mera repetición de modelos, llegando a considerar ocioso el hecho de detenerse a pensar si tales modelos obedecen a un plan lógico, si tienen un fundamento noble y elevado.

En nuestras manos está la elección: dejar que prevalezca un arte efectista y superficial, así como un modelo educativo general mercantilista, orientado al consumo y a la lucha por una posición de ventaja frente a los demás, o buscar desde el principio los valores que modelan al ser humano en sentido inverso, considerando la personalidad como el instrumento que pone su caja de resonancia y sus cuerdas al servicio de la inteligencia, para permitir que vibre en ella la armonía de las esferas con su capacidad transformadora. Frente a la multiplicidad de acciones inútiles o irreflexivas, la actuación serena y profunda mediante un consciente no hacer al estilo de lo que enseña el *Tao Te Ching*:

La bondad suprema es como el agua,  
Que todo lo nutre sin pretenderlo.  
Se contenta con los lugares inferiores que la gente desdeña.  
Por eso es como el Tao.  
Al morar, vive cerca del suelo.  
Al pensar, mantente en lo simple.  
En el conflicto, sé considerado y generoso.  
Al gobernar, no intentes controlar.  
Al trabajar, haz lo que disfrutes.



En la vida familiar, permanece plenamente presente.  
Cuando te contentes con ser simplemente tú mismo,  
y no te compares ni compitas, todos te respetarán (Lao Tzu, 2007, cap.8).

## Bibliografía

ANDRÉS, R. (2012). *Diccionario de música, mitología, magia y religión*. Barcelona, España: Acantilado.

COMENIUS, J.A. (1992). *Pampedia*. (Educación Universal). Estudio y traducción de Federico Gómez Rodríguez de Castro. Madrid, España: UNED.

COMENIUS, J.A. (2012). *Didáctica Magna*. Madrid, España: Akal.

COMENIUS, J.A. (2009). *El Laberinto del mundo y el paraíso del corazón*. Estudio introductorio de María Esther Aguirre Lora. Madrid, España: Biblioteca Nueva.

FICINO, M. (1993). *Sobre el furor divino y otros textos*. Barcelona, España: Anthropos.

FLUDD, R. (1979). *Escritos sobre Música*. Traducción, introducción y notas de Luis Robledo. Madrid, España: Editora Nacional.

FRANKL, V. E. (1991). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, España: Herder.

GODWIN, J. (2009). *Armonía de las esferas*. Girona, España: Atalanta.

GRACIA, J. (2014). *Dos cabos sueltos*. *Ápeiron*. Estudios de Filosofía. <http://www.apeironestudiosdefilosofia.com/single-post/2014/10/03/Dos-cabos-sueltos>

GUTHRIE, W.K.C. (1984). *Historia de la filosofía griega*. Madrid, España: Gredos.

HERÁCLITO DE ÉFESO, *Fragmentos*. (2001) En: *Los filósofos presocráticos*. Traducción y notas de Conrado Eggers Lan y Victoria E. Juliá. Madrid, España: Gredos.

JAEGER, W. (2004). *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. (11ª ed.). Madrid, España: FCE.

LAO TZU. *Tao Te Ching*. Versión de Stephen Mitchell (2007). Madrid, España: Gaia.

ORTEGA Y GASSET. (2012). *Meditaciones del Quijote*. Madrid, España: Gredos.

PLATÓN. (2010). *Menón*. Traducción Francisco José Olivieri. Madrid, España: Gredos.

SARTRE, J.P. (1984) *El existencialismo es un humanismo*. Trad. de V. Prati, Barcelona, España: Orbis.